

do hasta sus labios la suave miel de la ternura servida en cálices de rosas y en pétalos de lirios.

Lucesita obedeciendo á su falta de buen sentido no cesaba de inclinar á Mary en contra de su marido.

La viuda de Don Aristeo era un elemento de discordia en el hogar de Fernández.

La poca estimación que Mary inspiraba á Fernández hacía que Lucesita hiciera respecto de él las más duras apreciaciones; y en su falta de buen sentido llegó á aconsejar á su hija que se separara de Fernández proponiéndoselo á éste y pidiéndole una pensión ó renta proporcionada á lo que llamaba el rango de su categoría.

Pero Mary no se resolvió á hacer semejante proposición á su marido, no porque le tuviera cariño, ni porque quisiera cumplir con sus deberes de esposa, sino porque le hacía falta el esposo como una figura decorativa en su vida social.

Don Benjamín buscaba la tranquilidad para su hogar; y como Lucesita y Margot eran elementos de discordia en él aprovechó alguna ocasión favorable que se presentó cuando aquellas explayaron el deseo que tenían de visitar la Europa en viaje de recreo, y les ofreció que pronto harían ese viaje y que él lo costearía.

Lucesita y Margot saldrían de la República por la vía de Vera-Cruz en un trasatlántico que haría escalas en Progreso y en la Habana para seguir desde allí su travesía.

En el proceso que en su fuero interno, formó Fernández á su cuñada y á su suegra pronunció su fallo imponiéndoles la pena terrible del destierro. El paseo que costearía el oro de la caja de Fernández era la ejecución de la sentencia.

La estrechez de criterio de Lucesita y de su hija no les dejó comprender que la *relegación* no sólo conduce á la Colonia penal de Tres Marías.

En camarotes de preferencia y en carros Pullman irían á cumplir su condena de destierro en gira de paseo en las grandes ciudades de las Naciones de Europa.

Y transcurrirían las semanas y los meses, y los Bancos Mexicanos harían libramientos del dinero de Fernández para que con el confort de los ricos se prolongara por todo el tiempo posible aquella deportación aristocrática.

Las situaciones son mudables y aquel viaje de recreo marcaría una nueva etapa en el hogar de Fernández.

Y se llegó aquel día de la partida que más que por las Salamanca, era deseado con verdadera satisfacción por Fernández.



XVIII

CLAUSURADAS por la Secretaría de Gobernación las casas de juego, Mendizábal quedaba reducido á la indigencia.

Durante su matrimonio con Tulitas, los Escobar se encargaron siempre de difamarlo. Los amigos y los conocidos llegaron casi á olvidar su nombre propio, llamándole *el marido de Tulitas*.

Aquella frase: *el marido de Tulitas*, tanto significaba como el mantenido por la rica; y conocido ya entre el círculo de las personas acomodadas, no encontraría otra Tulitas que lo mantuviera.

Julio podría dedicarse á un trabajo honrado y casarse con una Señorita decente y pobre de la clase media; pero no lo haría nunca; el matrimonio había sido para él la salvación de la miseria; y vuelto á ella, solo buscaría en el matrimonio una nueva salvación; pero no encontraría ya otra víctima como Tulitas.

Julio entraba ya en el estrecho carril de la miseria y pensando que le sería fácil obtener un empleo en la Administración pública emprendió la peregrinación larga y escabrosa del solicitante á través de las antesalas de los Ministros de Estado.

Ostensible la Mano Poderosa de la Suprema Justicia, llevaba á Julio Mendizábal á postrarse de rodillas sobre las frías baldosas del templo expiatorio del infortunio.

Alguna persona le informó á Mendizábal que en la casa de Collantes se necesitaba un empleado; y cuando acudió á ofrecer sus servicios á Octavio, éste le dijo que el único empleo que por entonces tenía vacante era el de ayudante del chauffeur de su automóvil de trabajo.

Mendizábal abandonó la casa de Collantes, sintiendo sobre sí el peso de la amarga decepción y haciendo respecto de Octavio todas aquellas apreciaciones mordaces que le inspiraba la envidia.

El hambre es y seguirá siendo una potencia generadora de grandes energías. Y Julio, abrumado ante aquella triste situación, pensó en buscar desde luego algún medio para aliviar su miseria.

Tres noches hacía que no teniendo otro albergue dormía recostado en una de las bancas del jardín de Catedral ó encuadrado en

una de las puertas cerradas de los almacenes del Portal de Mercaderes.

En las casas de juego había conocido Mendizábal á un joven de buena extrínseca que reducido á la indigencia encontró un salvavida bajo el botón dorado del uniforme azul de los empleados de la Compañía de los trenes eléctricos de México. De conductor á motorista; de motorista á inspector y de inspector á jefe de línea era la carrera que había recorrido el amigo de Mendizábal.

Recordando Julio al antiguo conocido acudió á él y éste le dió una carta de introducción para que obtuviera un empleo de conductor á bordo de los trenes eléctricos del Distrito Federal.

Julio se sentía abrumado porque no se resolvía á vestir aquel uniforme de confección más burda que la fina librea de los cocheros. No comprendía que los distintivos del trabajo honrado dignifican y enaltecen y que la seda azul con entorchados de oro que ostentan los grandes Divisionarios del Ejército es la más noble librea del patriotismo con que ha podido indumentarlos la Nación.

*
* *

Postrado sobre las frías baldosas del templo expiatorio del infortunio, Julio Mendi-

zabal tuvo una visión aterradora. En el fondo de aquel austero recinto veía soberbios palacios, grandes avenidas llenas de luz, coches, automóviles, caballos y libreas. Y como por efecto de la rotación de un kaleidoscopio gigante, aquella visión se esfumaba y sobre el fondo negro de aquel severo recinto aparecía el uniforme de paño azul con su botón dorado y una cachucha con galón y placa.

* * *

En la Inspección General de Policía estaba empleado un amigo de Julio y no le fué muy difícil á éste causar alta en la Gendarmería de á pie, previa la oferta que se le hizo de que, rebajado de las obligaciones del servicio activo, estaría comisionado auxiliando las labores de oficina de una de las Comisarías.

Julio seguiría usando su jacquet y su sombrero Panamá, sin calzar la polaina de lona blanca ni ser gendarme de garrote al cinto.



XIX.

EL tiempo seguía transcurriendo y Mary aún no llegaba á la completa comunicación moral que no había tenido con su marido ni un solo día.

Y sin embargo de esto y no obstante que Fernández no esperaba que su mujer llegara al nivel en que él deseaba verla, comenzaba á notarse algún cambio en la Señora. Primero, ese cambio no se hacía sentir; después, iba haciéndose ya algo perceptible; y más tarde, cuando Mary llegó á comprender el elevado sentido intelectual y moral de su marido, vió el abismo que durante tanto tiempo la había tenido separada de él; y entonces arrepentida procuró elevar su sentido moral hasta hacerse digna de su esposo. Sobre los sueños tanto tiempo acariciados de lujo y de grandeza se levantaría el afecto y la estimación por su marido.

En algunas enfermedades morales acon-

tece lo que en ciertos estados patológicos del organismo, que tienen sus períodos, sus manifestaciones y su tratamiento. Y en unas ocasiones la salud se determina mediante una crisis violenta; y en otras se llega al restablecimiento completo á través de tratamientos largos y continuados.

La dolencia moral de Mary era de carácter crónico; era el resultado de la educación que recibió y al tener lugar la transición de la casa paterna al hogar de aquel esposo lleno de cordura y sensatez, el criterio de Mary quedó abrumado ante esa transición; y débil aquel criterio enfermo no tendría, como no tuvo, la suficiente potencia para inclinarse del lado de su esposo.

La estrechez de criterio de Mary Salamanca no le había dejado comprender todas las grandezas de Fernández. Y no fué, sino después de mucho tiempo, después de muchas contrariedades, cuando la reacción, lenta en un principio; pero después acelerada, produjo en el ánimo de Mary su completa regeneración.

Y desde entonces. ¡Que pequeña veía á su hermana Margot! y, ¡qué profunda compasión sintió por ella!

Mary Salamanca sería ya para Fernández la digna compañera de su hogar. Y desde entonces, sobre su corona de reina de la be-

lleza sabría ceñir la corona de reina y señora del hogar.

Fernández seguiría teniendo para Mary aquellas frases cariñosas saturadas de las más dulces ternuras que, al caer sobre ella como una lluvia de flores, quedarían prendidas en su corazón en el que ardería constantemente el fuego en la lámpara sagrada de su cariño.





XX.

Dos años habían pasado ya y el Señor Fernández iba perdiendo hasta el recuerdo de aquellos días amargos en que sobre el cielo ennegrecido de su hogar se habían agitado las más furiosas tempestades. Los negros nubarrones que por tanto tiempo obscurecieron aquel hogar se habían alejado para siempre y estaban relegados hasta los confines del horizonte. A través de muchas contrariedades Fernández había llegado á metamorfosear la manera de ser de la Señora. La regeneración de ésta era completa y aquél hombre superior, satisfecho del presente y lleno de fe en el porvenir, seguía como antes sembrando en el corazón de Mary violetas y margaritas y seguía llevando hasta sus labios la suave miel de la ternura servida en cálices de rosas y en pétalos de lirios.

Las situaciones son mudables y las circunstancias que determinaron el viaje de recreo de Lucesita y de Margot habían cam-

biado. En consecuencia, las viajeras regresarían del Extranjero en observación de su conducta para volver, en caso necesario, á someterse á aquella deportación aristocrática.

La familia Salamanca regresaría al País y su presencia no sería ya perjudicial para el matrimonio Fernández porque la paz que reinaba entre los esposos y que á costa de tantos sacrificios había logrado establecer Fernández, era la paz orgánica perfectamente bien consolidada.

* *

Limitando por el Sur el Distrito Federal se extiende magestuosa la serranía del Ajusco. Aquellas montañas elevadas están ligadas á los cerros entre los que se oculta el escaso caserío que forma el Pueblo que sirve de asiento al histórico Santuario de Los Remedios; y al Sud-oeste el Monte de las Cruces, en donde se libró uno de los combates más grandiosos que después del de Lepanto han contemplado los Siglos.

Al pié del Ajusco se levanta la población que antiguamente se llamó San Agustín de las Cuevas y que es hoy la Ciudad veraniega de Tlalpam. Allí compró Fernández una casa que, decorada con relativo confort, des-

tinó á habitación de su cuñada y de su suegra cuando regresaran de aquel viaje de recreo que hacían por las ciudades de Europa.

* *

Poco tiempo después Lucesita y Margot se acercaban ya de regreso á la Ciudad de México, de donde irían en seguida á instalarse en la casa que en Tlalpam les había mandado preparar Fernández.

El día de la vuelta se llegó.

La Señora Salamanca de Fernández había ido á la Estación de Buenavista á recibir á Lucesita y á Margot que regresaban de Europa; y cuando al estrecharla entre sus brazos, Mary besó cariñosamente la frente de su mamá, ésta la saludó diciendole: *he tenido días muy tristes pensando en todo lo que tu marido te habrá hecho sufrir*; y Margot, por su parte, al abrazarla le dijo: *cuanto habrás sufrido sin nosotras con las necesidades de Fernández*.

Mary sintió profunda compasión por su mamá y por Margot; y sin replicarles, bastó la expresión soberana de su rostro para demostrarles todo el desagrado con que recibía aquellas apreciaciones que hacían del esposo á quien tanto estimaba ya y á quien amaba tanto.